

ciudadlas con el general Márquez, que tiene todos mis poderes...

MIRAMÓN

(Dominándose con trabajo.)

Sin embargo, Sire, vos sois el jefe del ejército.

MAXIMILIANO

Es claro, Miguel, es claro; pero yo, en mi calidad de marino, nada puedo decir de operaciones de tierra.

MIRAMÓN

Mas en vuestra calidad de jefe del ejército de tierra...

MAXIMILIANO

He delegado todos mis poderes en el general Márquez. Vos sois el jefe de la infantería.

MIRAMÓN

(Saliendo en compañía de Arellano luego de hacer la reverencia, y apretando el brazo de su amigo.)

Manuel, Manuelillo, ¡y pensar que vamos á perder la vida por hacer el capricho de este artista cursi que tomamos por un hombre!...

ESCENA SEXTA

Plaza del convento de la Cruz.

MIRAMÓN, MAXIMILIANO, después MÁRQUEZ, MÉNDEZ, LÓPEZ y demás oficiales.

MIRAMÓN

Vuestra Majestad debe creer á quien ha adquirido más experiencia que nadie en estas guerras civiles y que posee una gran experiencia en lo que se refiere al modo de pelear de los mexicanos. Si Vuestra Majestad no lo tomara á mal, yo me permitiría decirle que no me explico qué hemos venido á hacer á Querétaro, puerto cerrado, plaza indefendible, lugar negado para todo lo que no sea rezar un buen rosario, tener coloquios más ó menos espirituales con las monjas y los curas, y comer dulces hechos por manos consagradas al servicio de Dios y de la gula...

MAXIMILIANO

(Con sorna.)

¡Callad, volteriano; callad, masonete!...

MIRAMÓN

(Entusiasmado y resuelto á decir algo que al parecer lleva muy adentro.)

Si Vuestra Majestad se hubiera dignado dar oído á mis pobres consejos, quizás á estas horas no existiría ni

rastro de los juaristas; pero como se atuvo más bien al dictamen de personas cuyos conocimientos no disputo, pero cuya lealtad desconozco, las cosas han marchado de manera distinta que debieran...

MAXIMILIANO

¡Oh, Márquez es un excelente amigo y muy leal!...

MIRAMÓN

¡Quiera Dios, Sire, que conservéis siempre esa ilusión!...

MAXIMILIANO

Le hubierais visto ayer, á la hora del ataque de la Cruz, exponiéndose á las balas de los republicanos por gozar la prerrogativa de estar dándome noticias; me asombró su valor... Y luego, cuando el ataque se generalizó, la Hiena subió al parapeto, y al bajar traía los ojos anegados en lágrimas... Y ¿sabéis lo que me dijo? «Sire, éste es el día más dichoso de mi vida, porque veo cercano el cumplimiento de mis deseos»...

MIRAMÓN

¿Y sabéis, Sire, cuáles son sus deseos?

MAXIMILIANO

Claro está: el triunfo de nuestra causa, el aniquilamiento de los malos, la pacificación del país...

MIRAMÓN

¡Cómo se abusa de vuestra bondad, Sire!... Sólo os recuerdo que Márquez es un viejo santannista que no ha perdido la fe en su ídolo, y que siendo yo Presidente de la República, tuve que arrestarle porque puse en claro su complicidad con el machucho dictador... ¿No temeríais, Sire, que se aprovechara de su ascendiente sobre vos y de su situación en Querétaro, para hacer alguna manifestación santannista?

MAXIMILIANO

No lo creo, no lo creo; mas...

MIRAMÓN

Decidme si no, Sire, qué origen tiene su empeño de permanecer en Querétaro... No es idea vuestra, ya que en diferentes ocasiones os habéis servido manifestarme

que vuestro propósito era marcharos á Lagos y establecer allí la capital interina del Imperio... Sin embargo, este hombre, aprovechándose del ascendiente que sobre vuestro ánimo le ha concedido vuestra bondad, no su mérito, os ha sugerido el venir á encerraros en esta cueva apretada de frailes levantiscos y de viejas fanáticas, como si fuera punto militar defendible ó como si su importancia política justificara que en ella estuvieran el jefe de la nación y su gobierno.

MAXIMILIANO

Razón tenéis, y ya se me habían ocurrido esas cosas...

MIRAMÓN

Claro que deben de habersele ocurrido más de una vez á Vuestra Majestad, que con gran habilidad política y su conocimiento de los hombres y las cosas era el más avocado para decidir un caso así....

MAXIMILIANO

Y ahora ¿qué hacer?

MIRAMÓN

Salir de esta ratonera, romper el sitio antes de que lleguen todos los contingentes liberales, hacer una salida,

cuente lo que cueste, y marcharnos á la sierra, al interior, á cualquier parte que no sea esta madriguera de mulas rezonas.

MAXIMILIANO

Ya es tarde, Miguel.

MIRAMÓN

No, Sire, no es tarde todavía; déjeme Vuestra Majestad intentarlo y le prometo que hemos de salir avantes.

MAXIMILIANO

¿Y qué querríais hacer, general Miramón?

MIRAMÓN

Mi plan, Sire, consistiría solamente en hacer una salida por el rumbo de los cerros de San Pablo y San Gregorio, en abrir por allí una brecha para que nuestras tropas pudieran tener el camino franco, y en batir en detall y á campo abierto á los republicanos; y si acaso todo marchara bien y consiguiéramos salvar nuestro tren de artillería, retirarnos para las grandes planicies del Bajío, donde se puede intentar con éxito la reorganización de tropas y la

obtención de recursos... Y cuando todo turbio corra; suponiendo que los contrarios consigan volver á encerrarnos en nuestros atrincheramientos, ¿qué perdemos con obtener unas cuantas carretadas de provisiones, que buena falta nos hacen, y que el general Márquez descuidó de tal manera que dejó intactas todas las haciendas de los alrededores de Querétaro, y de cuya falta de previsión (ó de cuya previsión exagerada) se han aprovechado nuestros contrarios?

MAXIMILIANO

Tenéis amplias facultades para realizar ese plan tan sencillo como racional y que lleva el sello de todas las grandes concepciones.

MIRAMÓN

Con permiso de Vuestra Majestad.

MAXIMILIANO

Id, Miguel, y que el genio tutelar de nuestra querida patria se digne guiar los pasos del joven y bizarro capitán que va á deshacer tantos errores antiguos.

(Sale Miramón. El Emperador se pasea un rato con aire satisfecho, y cuando más entretenido se halla, el ujier de servicio anuncia al general Márquez.)



— Id, Miguel, y que el genio tutelar de nuestra querida patria...

MAXIMILIANO

(Satisfecho.)

Ya sabréis, general Márquez, que el valiente Miramón está en camino para los cerros de San Gregorio y San Pablo con el fin de intentar una salida...

MÁRQUEZ

Bien me parece, Sire; pero como no sea ésta una salida definitiva...

MAXIMILIANO

¿Qué queréis decir con eso?

MÁRQUEZ

Que muy bien puede ser que el general Miramón se aproveche de cualquier ventaja que obtenga para escaparse, rompiendo el sitio y dejándonos en la estacada.

MAXIMILIANO

(Veleidoso.)

Al fin, para la falta que hace...

MÁRQUEZ

Pero si se escapa llevándose nuestras mejores tropas, la cosa no puede ser indiferente...

MAXIMILIANO

(Preocupado.)

Claro está.

MÉNDEZ

(Que llega jadeante.)

¿Vuestra Majestad se sirvió disponer que se dirigiera un ataque contra los cerros?

MAXIMILIANO

Así fué, general Méndez.

MÉNDEZ

¿Y ha reflexionado Vuestra Majestad en que ese ataque significa tanto como dejar desguarnecida la Cruz, que es la llave de nuestras posesiones?

LÓPEZ

(Segregándose del grupo de oficiales de órdenes y acudiendo oficioso al grupo que forman los generales y el Emperador.)

Veo señales de que los republicanos se mueven... Pero para ese caso aquí estoy yo con mi regimiento... Quisiera que el Emperador estuviera en peligro para probarle mi adhesión y la adhesión del grupo de oficiales que forman la reserva, el cuerpo escogido que me ha tocado en suerte mandar...

MÁRQUEZ

Sire, se escapa; se escapa, Sire...

MÉNDEZ

No tenga confianza Vuestra Majestad en las audacias del general Miramón; no es su amigo, no le estima...

LÓPEZ

¿Quiere Vuestra Majestad que vaya á ordenarle que no ataque?

MÁRQUEZ

(Con presteza.)

Sire, se escapa...

MAXIMILIANO

(Perplejo y vacilante.)

Pero...

MÁRQUEZ

(Insistiendo con disimulo.)

Sire, son dos enemigos que combatir. Prefiera Vuestra Majestad á los republicanos solos, que á los republicanos aliados con este levantisco, ó á este alborotador de oficio trabajando por su cuenta. Por el cielo, Sire...

MÉNDEZ

¡Sire, se pierde la Cruz!

MAXIMILIANO

Haced lo que queráis.

MÉNDEZ

Afortunadamente nada ha hecho porque le han impedido el paso á las tropas los carros atravesados en el puente de San Sebastián.

MÁRQUEZ

Corro á llevar la orden.

ESCENA SEPTIMA

Primero MIRAMÓN, después MÁRQUEZ, VIDAURRI y ARELLANO, que no habla.

Todavía no despunta la aurora; Miramón se halla á caballo, nervioso y golpeándose las botas con un latiguillo. Da repetidas órdenes á los ayudantes que le rodean, los cuales no tardan en volver avisando que no se perciben en el horizonte movimientos de tropas. Los artille-

ros empiezan á dormirse sobre los afustes, los de caballería se bajan de sus *cuacos*, los infantes rompen el orden de formación. Al fin aparece una ráfaga de claridad en el lado de la Cruz, y al verla Miramón lanza un juramento. En ese instante aparecen las tropas de la brigada de reserva y una batería de artillería. El general, al contemplar aquel au-



xilio extemporáneo, se mesa los cabellos y dice entre dientes: «Esto se lo llevó»... Gran desorden en los contingentes que se acercan; unos carros atravesados en el puente de San Sebastián impiden la llegada de las tropas de Méndez; Miguel, á pesar de todo y deseoso de ensayar la suerte que le reserva el destino en aquel día, manda formar las tropas en batalla y empieza á arengarlas. Se oyen gritos de «¡viva el